

CAPITULO III.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE SERGIO II (27 de enero de 844-27 de enero de 847).

1. Antipapa Juan. Eleccion de Sergio II. — 2. Numerosos concilios en las Galias. — 3. Los convulsionarios de Dijon. — 4. Estado de la Iglesia en el Oriente. — 5. Hinemaro, arzobispo de Reims. Raban Mauro, arzobispo de Maguncia. — 6. Muerte de Sergio II.

§ II. PONTIFICADO DE SAN LEON IV (12 de abril de 847-17 de julio de 855).

7. Leon IV salva á Roma y á la Italia de una invasion de los Sarracenos. — 8. Ciudad Leonina. — 9. Gotescalco. — 10. Nomenio funda el reino independiente de Bretaña. — 11. Persecucion de los cristianos en España. — 12. Incurcion de los Normandos. — 13. Muerte de san Leon IV.

§ III. PONTIFICADO DE SAN BENEDICTO III (1.º de setiembre de 855-10 de marzo de 858).

14. Antipapa Anastasio. Eleccion de Benedicto III. — 15. Fábula de la papisa Juana. — 16. Particion de los hijos del emperador Lotario. — 17. Miguel el Beodo, emperador de Oriente. — 18. Focio. — 19. Muerte de san Benedicto III.

§ I. PONTIFICADO DE SERGIO II (27 de enero de 844-27 de enero de 847).

1. En 21 de enero de 844 fué elevado Sergio II á la cátedra de san Pedro, y coronado sin haber esperado la llegada de los diputados del emperador Lotario. Habia motivado esta precipitacion el que el diácono Juan habia juntado tropas sediciosas para oponerse á Sergio y hacerse elegir papa por la fuerza. Ya habia desquiciado las puertas del palacio Lateranense á fuerza armada y hacia prever males incalculables por un cisma. La nobleza romana se apresuró á acudir al socorro de su legítimo pontífice, dispersó y disipó á los sediciosos, y puso en estrecha prision al diácono cismático, que solo debió su vida á la clemencia y reiteradas instancias de Sergio. El emperador Lotario, que no podia saber aun todos esos detalles, se mostró enfadado por de pronto por no haber esperado

sus legados para la consagracion del nuevo papa, é hizo salir para Roma á su hijo mayor Luis con el título de rey de Italia y le dió numerosa escolta de señores y prelados, á cuyo frente Drogon, su tio, obispo de Metz y capellan mayor del imperio. Sergio II acogió á esta embajada con los mas insignes honores. Aguardó al jóven rey con todo el clero romano en la grada superior de la iglesia de San Pedro, cuyas puertas hizo cerrar por precaucion. Al llegar Luis, le dijo el soberano pontífice: « Si venis aquí para bien del Estado y de la Iglesia, » os haré abrir las puertas; sino, yo no lo permitiré. » El rey protestó que solo le animaban la paz y la benevolencia: las puertas se abrieron pues, entraron todos juntos y se postraron para hacer oracion ante la Confesion de San Pedro. Se celebró un concilio en Roma bajo la presidencia de Drogon, y fué reconocida legítima la eleccion de Sergio II. Luis fué luego consagrado rey de Italia ó de los Lombardos: se le puso la corona de hierro en las sienes, y el soberano pontífice le ciñó por su propia mano la espada real. El jóven príncipe hubiera querido que los Romanos le prestasen juramento de fidelidad, segun la fórmula compuesta por Eugenio II; pero Sergio le hizo observar que este juramento no era exigible sino en nombre del emperador, cuyo alto protectorado era reconocido por la Santa Sede, mas no de otro: y en efecto tal fué la forma en que los Romanos lo renovaron á Lotario en manos del nuevo rey de Italia en la iglesia de San Pedro, año de 844. El papa confirió á Drogon el título de vicario apostólico en la Germania y las Galias, y los embajadores regresaron á la corte del emperador, su amo, quien aprobó todo lo hecho.

2. Los tres hermanos Lotario, Luis el Germánico y Carlos el Calvo vivian en paz y concordia; y las iglesias de las Galias se aprovecharon de tan buena coyuntura para renovarse en el espíritu de disciplina por medio de numerosos concilios. Verneuil, Beauvais, Meaux, París, Soissons, Quercy, Thionville y Maguncia fueron sitios escogidos para este santo objeto. Se ha dicho que nunca se multiplican mas las leyes que cuando peor se ejecu-

tan. Según esta máxima, el estado de las iglesias de las Galias ofrecía abusos lamentables; porque los estatutos y reglamentos sobre los mismos objetos se reproducen invariablemente cada año en estos diversos concilios. Se insiste principalmente sobre la necesidad de visitar á los monasterios; se castiga severamente la exagerada piedad de algunas monjas que, deseadas de la mayor austeridad, se vestían de hombre para ser admitidas (como hombres) en los monasterios más rígidos; se prohíbe repetidamente á los clérigos el uso de la milicia; se suplica á los príncipes que solo exijan de los obispos que envíen á la guerra á los vasallos de los dominios eclesiásticos, etc. Todo esto fuera sin objeto en el estado actual de nuestra civilización; porque las tendencias, abusos y costumbres varían con los siglos. Si el espíritu público se ha mejorado en ciertos puntos, se debe á la solicitud de la Iglesia. La escuela histórica moderna del siglo xviii acusa á los obispos francos de ingerirse y aun usurpar derechos temporales que no tenían: esto es una calumnia. El efecto general de la intervención episcopal ha sido moderar á los hombres y á las cosas, hacer menos sangrientas y frecuentes las guerras y revoluciones. [Los obispos francos tenían que *educar* á toda una nación bajo todos conceptos, y á todas las clases, tanto reyes y grandes como pueblo y milicia. ¡Cargo eminente y complicado! Hay que tomarlo todo en cuenta para no ser injustos para con nuestros antepasados: eran á la vez pastores de almas y padres de la patria.]

3. Hacia este mismo año de 844, se notó en la diócesis de Langres un abuso de nuevo género y que pareció espantoso aun en este tiempo de grosera ignorancia. Algunos monjes vagabundos trajeron de Roma, según decían ellos, reliquias de un santo cuyo nombre se les había olvidado, y las depositaron sin autorización episcopal en la iglesia de San Benigno, de Dijon. Esta ciudad dependía entonces de la jurisdicción del obispo de Langres. Teobaldo, obispo de esta ciudad, no quiso recibir las pretendidas reliquias con sola una alegación tan vaga y sospechosa. Se expusieron al público á pesar suyo,

y la credulidad supersticiosa atrajo numerosa concurrencia. Lo que hubo de más extraordinario es que se manifestaron en San Benigno convulsionarios semejantes á las de los Jansenistas de hace dos siglos. El ruido de estas extravagancias atrajo aun más gentes crédulas y espectadores curiosos, porque se veían á la vez cuatrocientos de aquellos fanáticos que se entregaban á extravagancias sacrílegas. Teobaldo pidió parecer y consejo á su metropolitano de Lyon, llamado Amolonio, cuya respuesta fué cuerda y sabia. «Armaos, dice á Teobaldo, de celo y severidad episcopal para desterrar del santuario esas innovaciones sacrílegas. Ordenad que cada cual lleve sus votos ó promesas á la iglesia donde se bautizó, donde ha recibido los demás sacramentos, donde participa de los sagrados misterios, y donde ha de ser enterrado. Cuando no se prodiguen más á impostores las limosnas destinadas á los miembros pacientes de Cristo, las imposturas, una vez que no sean lucrativas, desaparecerán por sí mismas. Si algún fanático persistiese aun en estas prácticas ridículas, será necesario obligarle á confesar públicamente sus supercherías.» Teobaldo siguió estos consejos, cuyo buen resultado no se hizo esperar. No se sabe que esta secta haya tenido otras consecuencias.

4. En el Oriente, las medidas que había tomado la emperatriz Teodora para convertir á los Maniqueos ó Paulicianos que asolaban las iglesias del imperio, no fueron coronadas de tan feliz resultado. No salieron bien las medidas de dulzura y conciliación respecto de estos sectarios: porque retirados á la ciudad de Argauos en Armenia, y sostenidos por los Sarracenos, hacían frecuentes incursiones en el territorio del imperio. Envió contra ellos Teodora fuerzas considerables, y perecieron en gran número. Su doctrina de comunidad de bienes é igualdad de condiciones tenía alguna afinidad con los diversos sistemas que bajo el nombre de socialismo se han reproducido en nuestros días. Los vagabundos y descontentos se arrojaban con ardor á un partido cuyo radicalismo exagerado arruinaba á todos los principios sociales, á todos los gobiernos, á toda

forma legal. Su reunion hizo temblar muy pronto á todo el Oriente, y aun pudieron fundar dos nuevas ciudades, Amara y Tibrica, con lo que no pusieron freno á sus furios. — Mejor salió la empresa de reconciliar los restos del partido iconoclasta. San Metodio, patriarca de Constantinopla, usó con ellos de la indulgencia mas misericordiosa. Conservó en sus funciones á los obispos de este partido que consentian en abjurar su error: conducta conforme al espíritu del Evangelio. Sin embargo descontentó esta á algunos obispos, cuyo celo *no era segun la ciencia*. « Se fia Metodio, decian ellos, á la declaración de súbditos que ordena, y parece que se somete á los que se dejan ordenar! » Este descontento llegó á tal punto, que hubo peligro de un cisma en Constantinopla. Los actos de autoridad de parte de la corte imperial y el destierro de algunos prelados mas turbulentos no hicieron sino aumentar el rencor, y aun el mal hubiera llegado á las mas extremas necesidades si el santo solitario Joancio no hubiera hecho todos sus esfuerzos para reunir los espíritus. Su eminente santidad, universalmente reconocida, le daba un absoluto ascendiente. Despues de veinte años de soledad en el monte Olimpo en la Bitinia, fué á Constantinopla, como san Antonio habia venido á Alejandria, al rumor de la division que amenazaba á la Iglesia. Su conciliante elocuencia, y la piedad celestial que respiraba, le granjearon los corazones de todos. Se valió de su influencia para hacer ver, aun á los mas apasionados, lo cuerdo y sabio de la conducta de Metodio, y no volvió á su amado retiro sino cuando hubo acabado de pacificar todos los ánimos. Murió poco despues á la edad de ochenta y un años. San Metodio le sobrevivió poco, pues que falleció el 14 de junio de 846. Este santo confesor quedó muy mal parado de las quijadas por habérselas roto á golpes los Iconoclastas, y se vió obligado, para remediarse en tal falta, á llevar bandas que le sostenian la barba; de donde vino el origen de las bandas ó vendas que llevan los patriarcas de Constantinopla cuando ofician de pontifical. Tuvo por sucesor á un sugeto no menos ilustre que él, y dignísimo de él, en la persona de san Ignacio,

á quien muy pronto veremos en la arena por su constancia en defender la unidad católica con la energía de un santo suscitado por Dios para impedir ó al menos diferir la consumacion del cisma de Oriente. Su pontificado coincidió con un acontecimiento doblemente lisonjero: la conversion de los Kházares y de los Moravos; aquellos habitaban en la Táuride, ó Crimea actual, cuya capital era Querson. Su culto hasta entonces era una mezcla de mahometismo y judaismo. Se dirigieron pues á la emperatriz Teodora para lograr misioneros católicos; y san Ignacio se apresuró á enviarles al sacerdote Constantino, llamado el Filósofo, que en esta mision quiso tomar el nombre de Cirilo para consagrarla bajo los auspicios de tan gran santo. Sus esfuerzos lograron la conversion de todos los Kházares. Los Moravos, gente de raza eslava, ocupaban las provincias de la Moravia actual, de la Bohemia, Silesia, Pomerania y Misnia. Ratislao, su rey, solicitó de la emperatriz la misma gracia que habian alcanzado los Kházares. Al regreso de su mision en estos últimos pueblos, Cirilo fué enviado á los Moravos con su hermano san Metodio. Bajo la influencia de ambos hermanos penetraron en la Moravia y demás provincias la fe y la civilizacion; y ellos fueron los autores del alfabeto eslavo, en cuyo idioma tradujeron los Libros sagrados, siendo á la vez estos santos hermanos los apóstoles y primeros literatos de los Eslavos (año 846).

5. La Providencia colocó hácia esta misma época dos prelados ilustres en las principales sillas del reino. Hincmaro habia sido ordenado arzobispo de Reims en el concilio de Beauvais, en abril de 845, y Raban fué obispo de Maguncia en junio de 847. Hincmaro habia nacido en las Galias de ilustre familia; y muy pronto admiraron á sus contemporáneos sus grandes capacidades. Fué uno de los hombres mas sabios de su tiempo y el mayor canonista que se haya conocido. Era tan buen teólogo como gran canonista, y durante su obispado fué uno de los mas celosos defensores de la disciplina y doctrina eclesiástica. Se le vitupera empero, y con justo motivo, de ser sobrado altanero, y de carácter duro y aun violento. — Ra-

ban habia nacido en Maguncia : discípulo de Alcuino , añadió á su nombre el de Mauro , segun costumbre de los sabios de entonces de tomar nombres literarios. Nombrado catedrático de teología escolástica en el monasterio de Fulda , dió gran renombre á esta escuela ; y formó en ella para toda la cristiandad famosos doctores , entre los cuales se cuentan Walafrido Estrabon y Lupo de Ferrieres. A la muerte de san Eigilo , fué elegido abad de Fulda , lo que le destinaba á las mas altas dignidades , y finalmente fué elegido en 847 metropolitano de Maguncia , á pesar de su avanzada edad de setenta ó mas años. A pesar de ello , manifestó la energía y actividad de un jóven , y fué terror de la herejía y baluarte de la fe católica en las discusiones teológicas á que dieron lugar los errores de Gotescalco.

6. En este mismo tiempo , el 27 de enero de 847 , murió en Roma Sergio II. Sus últimos momentos fueron acibarados , como los de Gregorio IV , por los desastres causados por la invasion de los Normandos y Musulmanes. Los Normandos , bajo el mando de Regnar Lodbrog , sitiaron á París. El débil Carlos el Calvo pagó con oro el rescate de su capital. Los Normandos eran el terror de la Francia ; por manera que nadie osaba ni combatirlos ni cultivar los campos. Las selvas se espesaron entre el Sena y el Loira. — En agosto de 846 , los Sarracenos del África , que se llamaban tambien *Moros* , subieron el Tíber con embarcaciones ligeras , forzaron el paso de Ostia y esparcieron sus numerosos batallones por toda la campiña de Roma. Esta ciudad , protegida por las murallas mandadas hacer por Gregorio IV , y acabadas por Sergio II , resistió á los ataques , mas no pudo evitarse el saqueo de las iglesias de San Pedro y de San Pablo , que no estaban aun en el recinto de Roma : se llevaron los Moros todos los ornamentos y vasos sagrados , y entre otras cosas el altar de plata colocado sobre el sepulcro de san Pedro. En medio de tan críticas circunstancias , murió el papa Sergio , privando á los Romanos de un buen jefe de que tanta necesidad tenian.

S II. PONTIFICADO DE SAN LEON IV (12 de abril de 847-17 de julio de 855).

7. Apenas terminadas las exequias de Sergio II en el 30 de enero de 847 , el pueblo y clero romano con voto unánime proclamaron papa al sacerdote cuyos méritos y virtudes le habian granjeado todos los corazones : este era Leon IV , destinado á ser salvador de Roma y baluarte de toda la cristiandad contra los Sarracenos. Las circunstancias eran en efecto muy críticas. No llegaba á Roma el consentimiento de Lotario ; mas esta capital necesitaba de un jefe. En su consecuencia , trascurridos dos meses de espera inútil y peligrosa , fué resuelto pasar adelante , y el nuevo pontífice fué consagrado , pero con la protesta de que no se intentaba derogar en lo mas mínimo á la fidelidad y honor debidos al emperador Lotario en su calidad de protector de la Santa Sede. — Los Sarracenos por otra parte habian colmado todos sus buques de guerra de inmenso botín , y se habian puesto á la vela para regresar con su robo. Mas la Providencia permitió que toda su armada fuese deshecha por una tempestad furiosa que la estrelló , y lanzó sus restos sobre las costas de Italia con los cadáveres de los enemigos del nombre cristiano , y mucha parte de los tesoros de la iglesia de San Pedro , que se habian recogido piadosamente por toda la orilla del mar (año 847). San Leon IV acabó de hacer desaparecer las huellas de estos Bárbaros , restaurando este augusto templo con magnificencia real. Habia concebido un proyecto gigantesco , cuya ejecucion hubiera bastado por sí sola para ilustrar á un soberano y á un papa ; y era que á fin de poner la basilica de San Pedro al abrigo de nuevos insultos , habia resuelto unirla á la antigua ciudad de Roma por medio de una nueva poblacion cercada de murallas. El emperador Lotario , á quien el papa expuso su designio , lo aprobó con entusiasmo , y quiso contribuir con sumas considerables á los inmensos gastos que iba á acarrear. Comenzó esta obra inmortal en 848 , acudiendo al llamamiento del papa numerosas compañías de artesanos y jornaleros de Italia , de las Galias y de la Germania ,